



## MI HERMANO JUANJO


AMELIA RIVAUD MORAYTA

Juanjo fue el mayor de tres hermanos, nació el 18 de junio de 1943 en un hospital en Paseo de la Reforma. Supongo que Juan es en recuerdo del abuelo paterno, sugerido por la abuela María y completado por mi madre con José. La familia formaba parte los de miles de refugiados que acogió Lázaro Cárdenas a raíz de la pérdida de la guerra civil española a fines de 1939. Mis padres, nuestros padres, se conocieron en México. Papá había sido de los pocos militares que se mantuvieron fieles a la República y era ingeniero. Mi madre salió de España a los 17 años, dejando truncada su carrera de Comercio y se dedicó a la casa, como se acostumbraba en aquella época.

Uno de los límites de la ciudad era el Río de la Piedad, que ahora es el viaducto y ellos vivían en lo que entonces se llamaba Paseos de Bucareli, en el mismo edificio que los abuelos maternos, centro de reunión de esa primera hornada de primos, entre quienes él era de los más pequeños. Todos iban al Colegio Madrid, una de las instituciones creadas por los refugiados españoles para educar a sus hijos. Allí, Juanjo fue un buen estudiante, pero sobre todo se distinguió por ser un excelente atleta: entre los 14 a 18 años, corría los 400, 800, que era su especialidad y los 1,500 metros, según me cuenta su amigo Roberto Carmona. Era miembro del Club Venados y entrenaba en el Plan Sexenal, allá por la Calzada México-Tacuba y en Chapultepec. Como atleta ganó decenas de medallas, representando al Colegio Madrid e incluso llegó a participar en competencias internacionales. Cuando entró a la Facultad de Ciencias tuvo que escoger entre la carrera y la carrera: se quedó con las matemáticas.

También incursionó en la fotografía. Mi hermano Emilio recuerda que Juanjo se compró una Leica viejita apoyado por mi padre e ingresó al Club fotográfico de México, fundado por aquellos años. Allí tomó un curso de fotografía, seguramente animado por Ángel Paz Martínez, artillero y excelente fotógrafo; incluso tenía un laboratorio en su casa. Berta, viuda de Ángel, me contó que conocieron a Juanjo y a Emilio en 1950 y muchas veces se los llevaban de excursión. Hay fotos de Juanjo, Berta y Emilio sentados en el monolito de Tláloc, lluvia y trueno, cuando todavía estaba en Texcoco; e iban a las laderas nevadas del Popocatepetl cuando Ángel anunciaba: “Bolas, vamos a la nieve”. Estos recorridos pueden haber infundido ese gusto por los viajes, la naturaleza y las artesanías de mis hermanos, que más tarde me llegó a mí.

Juanjo también se las ingeniaba para leer. Recuerdo que leía acostado, recargado en un codo y con el libro en la cama, postura que para mí, en aquel momento, era indescifrable. Leyó a Julio Verne y a Emilio Salgari con fruición y me contaba que iba a una feria del libro que ponían en La Ciudadela, y se compraba lo que le gustaba. Recuerdo que empezó a comprar libros de arte, como regalo para la familia. Así conocí la obra de Picasso y de Salvador Dalí, con sus relojes derretidos. Gracias a él llegaron García Márquez y Cortázar a nuestra familia. ¡Cómo disfrutamos *Cien años de soledad*! Juanjo no prestaba libros: ya de mayor, lo que hacía cuando le gustaba un libro era comprar varios ejemplares y regalárselos a sus amigos, para tenerlos cautivos como interlocutores.

En 2000, Juanjo expresa: “Mi padre, José Rivaud, quien a pesar de que su formación como artillero e ingeniero militar iba en otra dirección, tenía un genuino interés y gusto por la ciencia y la historia, disciplinas de las que era un lector insaciable. Él fue quien me inculcó el interés por estos temas y me heredó no sólo parte de sus libros, sino el vicio de comprarlos. También a él le debo la intolerancia ante la injusticia y la simulación, así como un profundo gusto, que raya en la gula, por la buena comida, sobre todo si se acompaña de una buena charla y se comparte con amigos.”

Fiel a la tradición familiar y viviendo plenamente el momento que le tocó, Juanjo participó en acciones de defensa antiimperialista de la Revolución Cubana. Raúl Álvarez Garín, matemático también, recuerda cuando fueron a sabotear una reunión de cubanos anticastristas allá por el año 1961, cuando Castro declaró que Cuba era socialista y los médicos empezaron a abandonar la isla. Juanjo fue el único que logró ingresar al lugar donde se reunían en el local de la CTM en Vallarta, pues pedían identificación para entrar: entonces corrió por la suya hasta Bucareli. Ya dentro, alguien gritó ¡Viva Fidel Castro!, Juanjo lo interpretó como una señal y soltó el amoniac. Los contrarrevolucionarios se le fueron encima a golpes, pero él se agarró de la panza de uno de ellos y sólo recibió golpes en la espalda. Después, lo detuvo la policía. Mis padres no sabían dónde estaba. Al día siguiente salió su foto en el periódico, pero solamente se le veían los agujeros de la nariz, pues levantó la cabeza y además dio otro nombre. Entonces, Raúl fue a comunicar a la familia dónde estaba Juanjo y no sé cómo, pero lo soltaron.

Ingresó a la UNAM en 1961, a la carrera de Matemáticas, en la Facultad de Ciencias. Yo no sé si en esa decisión tuvo que ver una carta que mi padre le escribió cuando Juanjo tenía 10 años, en julio de 1953: “Sigue estudiando mucho, sobre todo las matemáticas pues si quieres ser ingeniero el día de mañana, es lo que más falta te hará y para cualquier otra cosa que vayas a hacer, te serán siempre de mucha utilidad”. Buscando, me enteré de cómo comenzó a interesarse por las matemáticas cuando cursaba la primaria: “Al principio empecé a tener dificultades y se lo comenté a mi padre quien, lleno de paciencia, me instó a ver que en matemáticas lo importante es entender y que entender quiere decir hacer tuyas las ideas.”<sup>1</sup>

Esta reflexión la encuentro reflejada años más tarde en un libro de divulgación escrito por Ricardo Berlanga, Carlos Bosch y Juanjo: “Sería falso decir que las matemáticas son fáciles; precisamente porque no lo son es por lo que nos interesan y pueden llegar a apasionarnos. Esto mismo sucede con otras disciplinas y actividades. Las matemáticas no son triviales y a unas personas se les dificultan más que a otras, pero lo cierto es que prácticamente todo el mundo puede comprenderlas y disfrutarlas. Sin embargo, para esto hace falta que nos demos cuenta de que lo principal en las matemáticas es entender que no es imposible plantear o resolver un problema cuando no entendemos de qué se trata; cuando nos hemos dado cuenta de esto, entender se puede volver un vicio pues entender es una de las cosas que nos produce más placer, y esto sucede precisamente porque no es fácil y requiere esfuerzo de nuestra parte”.<sup>2</sup>

Muy pronto, puede ser hacia octubre de 1962, pues de esa fecha es su registro en Hacienda, empezó a dar clases en la Normal Superior. Allí, Valentina, la profesora que le enseñó a leer en primaria, se formó como maestra de matemáticas, en un juego paradójico de la vida. Él siempre pensó que los maestros eran sus colegas y que deberían de formarse en la Universidad que da una experiencia más amplia, y no en las Normales. En junio de 1965 ya estaba trabajando en la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN.

Años más tarde, en los setenta, ya en el Departamento de Matemáticas del Cinvestav, formó parte del equipo que reformuló los libros de texto y la enseñanza de las matemáticas a partir de la teoría de conjuntos. Trabajó intensamente con Manuela Garín, Carlos Ímaz y Eugenio Filloy, entre los que recuerdo. La siguiente tarea sería enseñar a los propios maestros esta teoría.

Además de la investigación matemática, a Juanjo le interesaba la divulgación de la ciencia, como ya se mencionó antes. A ello se dedicó muchos años, dando conferencias por varios estados del país. Estaba convencido de que era más fácil hacer que los científicos escribieran para la gente que los periodistas aprendieran ciencias. En 1999 fue Premio Nacional de Divulgación Científica otorgado por la Sociedad Mexicana de Divulgación de la Ciencia. Me

<sup>1</sup>Discurso pronunciado durante la entrega del Premio Nacional de Divulgación de la Ciencia y la Técnica “Alejandra Jaidar” 2009. Tomado de <http://homepages.mty.itesm.mx/euresti/personal/juanjo.htm>

<sup>2</sup>[www.mat.uson.mx/concurso/biografia.pdf](http://www.mat.uson.mx/concurso/biografia.pdf) [consultado 2 de junio de 2012].

<sup>3</sup>R. Berlanga, C. Bosch, Juan José Rivaud, *Las matemáticas, perejil de todas las salsas*, (la ciencia para todos, 163), SEP, FCE, Conacyt, México, 1999, p. 8.

enteré porque vi un recuadro en el periódico matutino con su nombre. El primer susto me hizo terminar de despertar. Después le llamé para felicitarlo: ni se había enterado.

Luis Estrada relata en *El muégano divulgador* que “Juanjo dio muchas conferencias entre las que destacaron las dedicadas a la geometría de la esfera, para lo cual gustaba mucho de platicar acerca de los viajes trasatlánticos, en especial los de la época del descubrimiento de América”<sup>4</sup>

A comienzos del siglo XXI, empezó a coordinar un boletín mensual, *Matemáticas para todos*, dirigido a los profesores de todo el país. En él, se incluían problemas para que los maestros pudieran plantearse los a los chicos cuya respuesta se daba en el siguiente número. Incluía reseñas de libros y de películas, breves notas de la historia de las matemáticas, entre otras cosas. Esta labor la desarrolló durante seis años. El boletín era editado por el Fondo Mexicano para la Educación y el Desarrollo, A.C. En este proyecto pude colaborar esporádicamente con él en la corrección editorial, labor que me doy cuenta que empezó para mí, cuando corregí algunas erratas en los ejemplares de su tesis de licenciatura, dedicada, simple y llanamente por él: *A mis padres*.

Volvamos atrás a otra de sus pasiones: A mediados de los años sesenta empezó a recorrer el país con Enrique Ramírez de Arellano, Lalo Llerenas y Carlos Perelló para grabar con una Uher los testimonios sonoros de nuestros pueblos. De paso, compraba artesanías, sobre todo textiles y máscaras, amén de los baúles de Olinalá. De esta manera, Juanjo introdujo en la familia un México para mí desconocido. Valoraba los buenos tejidos y sabía regatear en los mercados. A mí me causaba cierta ansiedad, pues pensaba que me quedaría sin el suéter de Chiconcuac que, frente a mí, se estaba jugando. Ahora me doy cuenta que el regateo forma parte de la cultura tradicional y así se veía en ese momento.

Por esa época, empezaron las tradicionales comidas de los sábados hechas por Carlos Ímaz Jahnke, uno de sus eternos amigos, y Juanjo. Se iban al mercado de San Juan y compraban grandes cantidades, para que las dos familias disfrutáramos de sus paellas o de un cocido madrileño dirigido por mi madre. En general, se hacían en el departamento de Bucareli, que era más grande. La casa se llenaba de niños pequeños, de música, de olores de cocina, de discusiones sobre lo que fuera, pero con un acento especial en la realidad que se vivía en el país.

Juanjo era malo para algunas cosas: no se le daba el baile, ni hablar inglés, ni perder. Me acuerdo una vez que jugábamos a la canasta nuestra amiga Mariana Olguín Segovia y yo contra los “matemáticos”. Nos iban ganando, ellos felices y, en la última mano, Mariana se llevó un pozo enorme que definió nuestro triunfo. Como él decía: tenemos muy buen ganar.

También le gustaba el ajedrez: en casa de mis padres había una mesa muy bonita con el tablero incluido. Fue un juego que se desarrolló entre los varones de la familia. Más tarde, incursionó en el Go, un juego de origen chino llevado a la Facultad de Ciencias por Pepe Barberán. En la cafetería se veían varios tableros y a la gente observando el juego. Después, cuando se fue a Chicago a hacer el Doctorado en Northwestern University, su nombre cambió a Juan-go, juego estratégico que compartió con sus hijos y con otros matemáticos, que incluso los llevó a representar a México en los torneos internacionales que se realizan en Japón.

Juanjo fue mi hermano mayor, me llevaba a veces 9 años o a veces 10, según la época del año. Mi madre contaba que él decía: “Cuqui, eres la niña más bonita que he conocido”. Yo creo que de pequeña compartí con él el gusto por los deliciosos chamois, que vendían los “chinos” (en realidad japoneses) en la dulcería de Bucareli. Me doy cuenta que me traía para arriba y para abajo y yo me sentía protegida por él. De mayores, recordábamos las anécdotas sobre familia y amigos que de alguna manera me incorporaron a su círculo, ya fueran matemáticos como Carlos Ímaz o sociólogos, como Manuel Gil Antón. Recuerdo nuestras conversaciones sobre la UAM, donde hizo algunas estancias de sabático, mientras arreglábamos las orquídeas, fotografiábamos los cactus o repartíamos el abono de chivo en

<sup>4</sup> [http://www.dgdc.unam.mx/muegano\\_divulgador/no\\_29/experiencias.pdf](http://www.dgdc.unam.mx/muegano_divulgador/no_29/experiencias.pdf)

el pasto de su casa de campo. Siempre me presentaban como “la hermana de Juanjo” y él aclaraba que yo era “la mayor”.

Fue miembro del Seminario de Cultura Mexicana, fundado en 1942, que reúne a personas de varias áreas de la cultura para analizar y promover en todo el país la cultura mexicana.

Juanjo murió el 9 de agosto de 2005 en Barcelona. En la sede del Seminario se colocó una placa con su rostro realzado el 19 de julio de 2006, junto a los medallones de Frida Khalo, Julián Carrillo y Mariano Azuela. Creo que esta última membresía tiene la virtud de considerar las matemáticas como parte de la cultura para dar un lugar especial a su muerte y al homenaje que el Seminario le hace al poner su rostro entre otras personas ya muertas y, como él, notables. Además, define a Juanjo de pies a cabeza: era un hombre culto, forjado con lo mejor de la tradición española y en un intenso deseo por compartir el conocimiento de su país: México.

*Dirección del autor:*

Amelia Rivaud Morayta

UAM-Xochimilco

Síntesis Creativa

Calzada del Hueso 1100,

Col. Villa Quietud, Delegación Coyoacán, C. P. 04960 Mxico, D. F.

e-mail: qkrivaud@gmail.com



Fotografía tomada por: Amelia Rivaud Morayta